

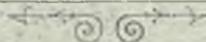
ARISTIDES ROJAS

ESTUDIOS HISTORICOS

EPISODIO DEL NAVIO

* "SAN PEDRO ALCANTARA"

1815



CARACAS

TIPOGRAFIA "LA SEMANA"

1902

CAC 1591

F987.04
R 741
e.2

ESTUDIOS HISTÓRICOS

POR

ARISTIDES ROJAS

Episodio del navío “San Pedro Alcántara” (*)

1815

Al Norte de la península de Araya, en un punto equidistante entre Araya y el cabo Macana de la isla de Nueva España y las islas de Coche y Cubagua, yacen en el fondo de las aguas, los restos de un navío célebre: los del *San Pedro Alcántara*. Como obra americana, pues fué construído en La Habana á fines del pasado siglo, ninguna tumba más legítima debía tener que las aguas del mar antillano, y ningún lugar más adecuado, que aquel que visitaron, en pasados si-

(*) La casualidad de haber conseguido una importante obra, referente á la historia de nuestra Independencia, publicada en Puerto Rico en 1877, y solicitada por nosotros con grande interés, nos proporciona dar á uno de nuestros *Estudios Históricos*, el que versa sobre el incidente del navío *San Pedro Alcántara*, sepultado en las aguas de Coche en 1815, nuevo interés; pues que ilustramos nuestro trabajo con la descripción del episodio escrito por uno de los testigos más interesados. Nos referimos al volumen, obra del coronel don Rafael Sevilla y León, distinguido jefe español de la expedición de Morillo, que ha sido publicada con el siguiente título: MEMORIAS DE UN MILITAR SACADAS DE UN LIBRO INÉDITO, y arregladas por don José Pérez Moris.—Puerto Rico 1877.

Después de agregar á nuestro trabajo, lo que sobre el particular dice el coronel Sevilla y León, nada más tenemos que añadir á la historia del célebre *San Pedro Alcántara*. Esta monografía la podemos reputar como un trabajo comp'eto.

glos, las escuadras de Inglaterra, de Francia y de Holanda, cuando en lucha empeñada contra España, libraron aquellas naciones en ambos mundos, combates encarnizados, en los cuales vencieron y fueron vencidas, hasta que se repartieron el patrimonio de los Caribes, en el mar de las Antillas, mientras que la corona de Castilla perdía su bello florón de Flandes.

Asegúrase que el *San Pedro Alcántara*, con otro nombre, se halló en la batalla de Trafalgar, y que fué uno de los gladiadores que pudo salvarse de aquel combate célebre, en el cual, Francia, si fué vencida no quedó por esto menoscabada su gloria; y si para Nelson fué la gloria del triunfo, á España cupo el triunfo de la honra. Por lo demás, cada uno cumplió con su deber, y en el cumplimiento de éste, no hay vencedores ni vencidos.

Cuando Fernando VII recuperó el trono de España en 1814, su primer pensamiento fué el de enviar una expedición á los mares de la América del Sur, con el objeto de sufocar la insurrección que desde 1810 conmovía todas las colonias del continente. Al principio se dispuso que la expedición sería para las regiones del Plata; pero á poco se cambió de idea, y se creyó que sería más útil en los mares de Costa Firme, cuyos beligerantes patriotas habían ya desaparecido, después de la sangrienta campaña de 1814.

Componíase la expedición de 60 buques de guerra, á saber: navío *San Pedro Alcántara*, de 74 cañones, fragatas *Esfigenia* y *Diana*; corbeta *Diamante*, goleta *Patriota*, barca *Gaditana*, y doce cañoneras desarmadas; y los buques trasportes que á continuación se expresan: *La Primera*, *San Ildefonso*, *El Guatemala*, *Daoiz y Velarde*, *Ensayo*, *Eugenia*, *Júpiter*, *Cortés de España*, *Numantina*, *La Vicenta*, *Salvadora*, *La Palma*, *Socorro*, *San Francisco de Paula*, *Providencia*, *Héroe de Navarra*, *San Pedro y San Pablo*, *La Joaquina*, *Nueva Empresa*, *La Empecinada*, *San Ignacio de Loyola*, *Los buenos hermanos*, *La Preciosa*, *San Fernando*, *La Apodaca*, *La Elena*, *La Venturosa*, *La Coro*, *La Pastora*, *La Gertrúdis*, *La Arapiles*, *El Águila*, *La Parentela*, *La Unión*, *La Piedad*, *La Carlota*, *San José*, *Segunda Carlota*, *La Belona*, *San Enrique*, *San Andrés*, y *La Alianza*. En estos sesenta buques venían 291 jefes y oficiales, y 10.000 soldados. Traían á bordo 15.000 hombres de tropas aguerridas, en la lucha contra Napoleón, divididas en dos brigadas compuestas de los regimientos «Victoria» «León» «Estremadura», «Barbastro», «Unión» (des-

pués Valencey») « Cazadores de Castilla, » « Cazadores de Infantería » y dos regimientos de caballería con los nombres de « Dragones de la Unión » y « Húsares de Fernando VII. » Venía además un escuadrón de artillería, con 18 piezas, dos compañías de artillería de plaza, tres de zapadores y un gran parque de artillería provisto de todo lo necesario para sitiar una plaza de segundo orden. El total de hombres, incluyendo la marinería, alcanzaba á 15.000 hombres, bajo las órdenes del Mariscal de Campo don Pablo Morillo, que, desde soldado de marina, había comenzado su carrera militar, durante la invasión de España por Napoleón.

La expedición zarpó de Cádiz el 18 de febrero de 1815 y llegó á las aguas de la Margarita el 7 de abril. Uniendo á estas fuerzas los 5.000 hombres victoriosos de Morales, situados en las costas de Oriente, y los 22 buques armados de la escuadrilla española, al mando del teniente de fragata Gabazo, tendremos, que la campaña de 1815, se abrió con la cooperación de 20.000 hombres, y el auxilio de cerca de 100 embarcaciones bien tripuladas y armadas.

Llegaba la expedición en los momentos en que Bolívar, destruido por todas partes, abandonaba las costas de Cartagena, vencido por la discordia civil, y se había trasladado á la isla de Jamaica. Restos de beligerantes patriotas, estaban prisioneros ó fugitivos; mientras que la mayoría había quedado muerta en los campos de batalla. En todos los pueblos reinaba la paz de los sepulcros; Boves había muerto. Morales su segundo, ceñía sus sienes con la corona del triunfo, en tanto que las guerrillas de los llanos, entregadas á su suerte, sin jefe supremo, sin centro de acción, andaban como nómades en las soledades de las sabanas. Agréguese á esto las familias fugitivas, la propiedad destruída, los ánimos abatidos, y se tendrá el campo de desolación, al cual debían llegar las huestes frescas del futuro Pacificador, cuyo primer triunfo fué la adquisición pacífica de la isla de Margarita, único baluarte que resistía, después de la desastrosa campaña de 1814.

Cuando llegó la escuadra á las costas de Margarita, los oficiales españoles circularon el dicho de que la caja del ejército á bordo del *San Pedro* sólo contenía 300.000 pesos; lo que pareció un absurdo á los habitantes de la isla, pues no podían comprender como una escuadra tan poderosa y bien equipada pudiera traer para sus gastos una cantidad tan insignificante. La fastuosidad de España en toda época, des-

mentía tal aserción ; así fué que nadie creyó aquel dicho que parecía encubrir algún misterio.

Después del 9 de abril, Morillo se ocupó en organizar la isla de Margarita y para el 24 debía seguir á las costas de Cumaná y de Caracas. El punto de reunión se fijó en la isla de Coche, y ya para el 24 todo estaba listo. Por una de tantas casualidades, Morillo se había trasladado, en la mañana de aquel día, del *San Pedro* á la *Efigenia*. Estaba en tierra el jefe expedicionario, cuando á las tres de la tarde, dos cañonazos disparados por el *San Pedro*, anunciaron fuego; al instante todas las embarcaciones menores acuden en defensa del rey de la flota, en tanto que Morillo lleno de ira, se meza los cabellos y no sabe contra quien debe descargar la furia que lo domina. No bien llegan las embarcaciones al lado del *San Pedro*, cuando los marineros de aquellas escalan el navío, y apremiados por las órdenes de todos los jefes de la escuadra que acuden al lugar del peligro, comienzan á lanzar al agua cuanto encuentran á la mano. Los primeros que saltan son los prisioneros que estaban á bordo. Como quinientos barriles de pólvora sacados de la *Santa Bárbara* son arrojados al agua, en tanto que continuaba el fuego lento en la bodega, y bocanadas de humo se escapaban por la escotilla, y anunciaban el progreso de la llama interna. Cerca ya de tres horas duraba el combate entre el fuego que avanzaba y los marineros y jefes haciendo esfuerzos por apagarlo, cuando Morillo, desesperado en presencia de semejante catástrofe, ordena suspender los trabajos y abandonar el navío. Ya para entonces habían sucumbido los trescientos enfermos que venían á bordo. En las playas vecinas estaban los náufragos y las tripulaciones, cuando á las 6 de la tarde una explosión volcánica se escucha en todas las poblaciones de las islas vecinas y costas del continente: el *San Pedro* acababa de volar, no dejando sobre las aguas sino parte de su palo mayor.

Todavía no se ha borrado de la memoria de los que presenciaron este cataclismo, la historia de sus pormenores. A semejanza de un ramillete pirotécnico, el navío lanza á los aires y en todas direcciones, maderas, cajas, cañones y cuanto se encontraba en las cercanías de la *Santa Bárbara* y sobre los pisos de cubierta. Las aguas del mar á distancia de una legua del *San Pedro*, oscilan de una manera terrible, durante cincuenta segundos, como si estuvieran agitadas por la fuerza del huracán, en tanto que el ruido de la explosión se escucha á muchas leguas de distancia. Un cañón de á 24,

encontrado en las últimas exploraciones, á distancia de 250 metros del *San Pedro*, indicó cuál fué la intensidad de la fuerza explosiva.

Para la noche del 24, todo estaba ya en reposo: ni el mar oscilaba, ni se escuchaban explosiones, ni el cañón del *San Pedro* pedía auxilio. Este reposaba tranquilo, con todos sus tesoros, debajo de las aguas de Coche y de Cubagua.

¿Qué causas motivaron tal desastre?—Los historiadores, tanto españoles como venezolanos, están acordes, y todos convienen en que el incendio fué debido á la casualidad de haberse aplicado inadvertidamente la llama de una bujía á uno de los bocoyes de aguardiente de la despensa, en los momentos de la distribución. Bien fuese el director ó alguno de los marineros, es lo cierto que al cabo de un gran rato fué cuando se supo lo que pasaba, y que desde este instante se emplearon todos los esfuerzos humanos por salvar el navío.

Pero si los historiadores coinciden respecto de la causa directa del incendio, discrepan acerca de la inocencia ó criminalidad del hecho, supuesto que á bordo del *San Pedro* estaba la tesorería de la expedición, y era voz pública, desde la llegada de la escuadra, que una gran parte del tesoro había sido robado en Cádiz.

Sin entrar todavía en los pormenores de este hecho, y sí en el esclarecimiento de la verdad deducida de las diversas apreciaciones históricas, podemos conjeturar que no debe imputarse al general Morillo el horrible hecho de la catástrofe. Con las facultades ilimitadas de que estaba revestido el jefe de la expedición, no tenía éste necesidad de cometer un acto de barbarie, para ocultar el robo, en el caso en que hubiera sido culpable. A pesar de todos sus defectos como militar y como mandatario, el general Morillo poseía en alto grado el sentimiento de su nacionalidad, y no cabe en un militar pundonoroso, que había comenzado sus campañas en América con actos de generosidad y de cordura, ser autor de un hecho atroz que debía menoscabar su honra y perjudicar los intereses de su nación. Si hubo por lo tanto, criminalidad en el incendio del *San Pedro*, es necesario hacer responsables á los subalternos de la expedición, entre los cuales había hombres tan feroces como ecidiciosos.

Lo que más sorprende al conocerse la catástrofe es el silencio oficial y la falta de averiguación respecto de un he-

cho tan trascendental. En la *Gaceta de Caracas* de mayo de 1815, José D. Díaz, su redactor, se limita solamente á publicar la noticia de la manera más sencilla, sin manifestar ni el asombro que élla había causado. Ningún proceso, ninguna pesquisa, nada que indicara el deseo de averiguar la verdad de los hechos, siguió á la publicación de la noticia en el papel oficial del gobierno. El general Morillo se halló sin recursos pecuniarios, y para suplir el tesoro sepultado debajo de las aguas, tuvo que apelar á los empréstitos forzosos en todas las poblaciones de Venezuela, arruinadas ya desde las campañas de 1813 y 1814.

Antes de aplicar la crítica histórica consignemos en estas páginas las opiniones de los historiadores peninsulares y venezolanos, que del estudio de unos y otros deduciremos consecuencias para averiguar la verdad de los hechos.

En su *Revolución de Caracas*, publicada en 1828, José D. Díaz repite lo que había estampado en la *Gaceta* de 1815, y agrega: «Era necesario proporcionar numerario para aquel ejército, porque el incendio del navío *San Pedro*, sobre la isla de Coche, cerca de la Margarita, había sepultado bajo las aguas la *tesorería*, y muchos artículos indispensables á él: acontecimiento tan funesto que habrían sido más sensibles las consecuencias, si el auditor Hernández Armas, comisionado por el general en jefe en la de Granada, no hubiese remitido los auxilios que remitió.»

Torrente (*Revolución hispano americana*) que publicó su obra en 1830, y copió en lo general á Díaz, refiere el hecho de la manera siguiente: «Otro de los contrastes que sufrieron estos (los realistas) en el principio de sus operaciones, fué el incidental incendio del navío *San Pedro Alcántara*, ocurrido el día 24 de abril. Se hallaba fondeado cerca de la isla de Coche, cuando á las tres de aquel aciago día se prendió fuego en la despensa por haber aplicado inadvertidamente la luz á uno de los bocoyes de aguardiente el encargado de su distribución. La grande alarma producida por esta inesperada desgracia, los vigorosos esfuerzos de toda la tripulación para ahogar las voraces llamas, el recomendado celo de los oficiales, y en particular del teniente de navío don Fernando Lizarza, la serenidad y valor de la compañía de granaderos de la Unión, que teniendo á su cabeza á su subteniente don José Aboi arrojó al agua en medio de las llamas 500 barriles de pólvora que sacó de la Santa Bárbara, la eficaz cooperación del coronel de cazadores de Extrema-

dura don Mariano Ricafort, los auxilios que de todos los demás buques salieron en el momento de haber oído los cañonazos indicantes de aquel apuro; todo fué inútil para contener el elemento destructor. El humo que salía por las escotillas impedía la aproximación á ellas; se trató de anegar el buque disparando contra él algunos cañonazos; más ni esta maniobra pudo verificarse á causa del espeso humo que sofocaba á los que se habían encargado de ella.»

«Eran ya inútiles todos los esfuerzos humanos; habría sido una imprudencia altamente reprehensible, obstinarse en lo que estaba ya fallado de un modo irrevocable; habría sido criminal detenerse en inútiles tentativas el tiempo necesario para salvarse de la muerte. Dióse la orden de abandonar aquel volcán que amenazaba una próxima explosión; esta se verificó á las seis de la tarde cuando ya casi todos habían hallado un seguro asilo en la infinidad de barcos que se presentaron con tal objeto. Aquí se *perdió la tesorería del ejército*, una porción considerable de municiones, y no menos acopio de armas y pertrechos guerreros.»

En esta narración avauzamos un paso, pues se nombran dos jefes que contribuyeron con sus esfuerzos á salvar el navío: Lizarza y Ricafort.

El historiador español Badillo, en *Sus apuntes sobre los principales sucesos que han influido en el actual estado de la América del Sur*, publicados en Cádiz, 1836, dice: «Todavía ignorábamos realmente cómo y por qué fué la quema del navío *San Pedro Alcántara*. Un denodado oficial de su dotación, Lizarza, culpó públicamente al comandante. Lizarza fué encerrado en un calabozo, y el comandante del navío, Salazar, vivió siempre tranquilo sin que yo á lo menos por más que lo he preguntado, haya sabido que nunca se le hiciese cargo alguno con el rigor competente, como tampoco al jefe de escuadra Enrile, jefe de las fuerzas navales de la expedición.»

Aquí tropezamos ya con un cargo hecho al comandante y con una víctima.

El coronel Montenegro en su *Historia de Venezuela* publicada en 1837, dice: «El 24 de abril voló el navío *San Pedro* cerca de la islita de Coche, sin que pudiera salvarse otra cosa que un poco de pólvora; perdiéndose gran cantidad de municiones, armas y pertrechos; y en concepto de algunos, *los caudales que se habían aprontado en Cádiz y formaban la tesorería; siendo otros de contraria opinión, por creer con algún fundamento, que no salieron de dicho*

puerto, y que para encubrir el robo se adoptó, el nuevo crimen de incendiar el buque.»

El coronel Montenegro, que militó con los españoles, es el primer historiador que habla del suceso del *San Pedro*, sin ninguna especie de reserva, y lanza á la prensa las opiniones que hasta entonces habían circulado de una manera más ó menos sigilosa. La opinión de Montenegro descifra en parte el silencio guardado por los historiadores Díaz y Torrente, á pesar de que sirvió como éstos bajo una misma bandera.

Baralt y Díaz copian á Montenegro, y Austria á los primeros, mientras que Restrepo, Larrazábal y otros, refieren el hecho sin comentarlo. En vista de estas diversas opiniones; una de las cuales un velo misterioso parece que oculta los hechos, otras que envuelven cargos terribles contra los jefes de la expedición; ¿cómo podremos conocer la verdad? ¿Qué guía puede conducirnos en medio de este laberinto, cuando ignoramos la cantidad que fué destinada por el gobierno español para la tesorería de la expedición? Abramos los escritos del general Morillo, publicados en Caracas en 1820, antes que todas las obras escritas sobre la historia de Venezuela, y encontraremos un punto luminoso que nos descifrá en parte el enigma. «Me ví reducido á esta situación (la falta de recursos monetarios) dice Morillo, por el funesto incendio del navío *San Pedro Alcántara*, donde fué sepultado el principal almacén del ejército *con su caja* y la de la marina. Este suceso deplorable no podía atribuirse á la malevolencia; la policía estaba muy mal servida á bordo del navío. Dos marineros ebrios ó torpes incendiaron el aguar-diente que ellos sacaban de una pipa. Sea por temor de sufrir un justo castigo, ó porque creyesen que encerrando el líquido inflamado podían detener el incendio, es lo cierto que ocultaron el hecho á todos sus compañeros. La llama tomó grandes proporciones y no tardó en comunicarse á más de cuarenta pipas depositadas en el mismo almacén. Cuando se conoció cuanto pasaba, era ya demasiado tarde para atajar el mal. Treinta y dos hombres perecieron al tratar de escaparse á nado mientras que el resto de la tripulación fué salvado por los buques mercantes. De 100,000 pesos (*cien mil pesos*) apenas pudieron sacarse 19,000 en este desastre.»

Hay una revelación importante en este dicho de Morillo, y es que cuando se incendió el navío, no había en la caja del ejército sino *cient mil pesos*? ¿Cómo se explica ésto? ¿Qué cantidad debió sacar de Cádiz la expedición para que al llegar á su destino, sin haber tenido las tropas marchas ni contramarchas, sin haber empeñado combate alguno, sin haber tenido necesidad de víveres, abundantes en los diversos buques de la escuadra, no tuviera sino *cient mil pesos*? Si en la caja de la tesorería sólo había trescientos mil pesos, según la confesión de los oficiales á su arribo á Margarita, ¿en qué se habían gastado los doscientos mil restantes? Los hechos posteriores nos aclararán estas dudas. Sigamos.

Oigamos ahora lo que escribe el coronel Sevilla y León, en sus *Memorias* :

«El 18 de abril al medio día, dió el navío orden para darnos á la vela. A nosotros se nos mandó ir á la isla de Coche, para hacer agua, si la necesitábamos, y lo mismo á los demás buques que careciesen de ella.

«El general Morillo y demás oficiales salieron el 20 para Cumaná en la *Esigenia*, dejando en la Margarita dos compañías de Barbastro y unos cuantos dragones de guarnición. El mismo día lo efectuamos nosotros. La mayor parte de los buques se dirigieron á la isla de Coche. Mi fragata, por no necesitar agua, se rezagó llegando el 21 por la mañana y anclando á unas cuatro millas de tierra. El navío *San Pedro*, venía detrás para ir recogiendo á todos los buques, y fondeó muy cerca de nosotros, delante de dicha isla de Coche, teniendo á la proa dos ó tres lanchas cañoneras.

«A las cuatro de la tarde notamos mucha confusión á bordo del *San Pedro*, y que nos hablaban con bocinas. En el tope de proa vimos la señal de motín y que muchos individuos se tiraban al agua y se trasladaban á nado á las cañoneras: algunos se descolgaban para que los auxiliasen por el cable de proa, lográndolo unos y pereciendo otros. Inmediatamente echamos una lancha al mar, en la que nos metimos dos oficiales y un piquete de soldados armados de fusiles para ir al navío á sofocar la rebelión. Pero cuando ya nos alejábamos, asomóse Pereira por la popa y nos dijo que nos volviésemos pues lo que había á bordo del *San Pedro* no era motín sino fuego. Efectivamente, al subir á nuestro buque, ya se divisaba muy bien el humo salir del navío, y distinguíamos á sus infelices tripulantes que angustiosamente nos pedían socorro. Desde arriba se tiraban muchos á los botes,

que estaban llenos de soldados, quienes, con ese egoísmo que produce el temor á la muerte, recibían en la punta de las bayonetas y de las lanzas á los que saltaban. Entonces echamos al agua todos nuestros botes, que dieron dos viajes, salvando unos setenta jefes y oficiales y de tres á cuatrocientos individuos de tropa y marinería. Entre los que tragimos, vino el mayor de la escuadra, Santibañez, en camisa, el mayor de mi regimiento y el edecán del general Villavicencio: todos venían en mangas de camisa, y los mejor librados, con lo encapillado. En la *Providencia* ya no cabíamos sino en pie y apretados como sardinas. El resto de la escuadra, aunque distante, notó también este desgraciado accidente y mandó sus botes á todo remo, pero los más no llegaron á tiempo y otros se detuvieron ante los cañones que se disparaban solos, lanzando sus balas y mortífera metralla, por lo que á unos y á otros nos fué imposible continuar el salvamento. A bordo mismo estábamos en inminente peligro, con cuyo motivo tomó el mando de la fragata su propietario y experto marino el bizarro Arteaga.

«Colocado junto á la caña del timón, gritó con una voz de mando imponente, á la que era imposible resistir.

«— ¡Silencio!— Dos marineros con hachas al pie de los cables! ¡Desplegar velas!

«Una comisión de personas visibles le fué á suplicar que mandase cortar los cables, para que se alejase de allí la fragata.

«— Mi deber es permanecer aquí, dijo, y ninguna consideración es capaz de separarme á mí del camino del deber.

«Rechazada perentoriamente la petición, enviaron al capellán Cabañas que le rogó por el amor á Dios y al prójimo que no expusiese tantas vidas.

«— Padre, le respondió, tengo botes en la mar que esperan un momento en que la artillería los deje aproximarse al navío, para recoger á los desgraciados que van á morir achicharrados: mientras haya esperanza de salvarlos, no me muevo de aquí: yo soy el primero en exponer mi vida y nadie tiene derecho á regatear la suya. Váyase usted á rezar por los que han muerto y por los que morirán dentro de pocos minutos.

«Más de media hora permanecimos allí sufriendo el fuego que nos hacía el navío.

«Después observamos que las llamas habían ya subido al palo de mesana y que devoraban las jarcias.

«Entonces y sólo entonces oímos la tonante voz de Arteaga gritar:

«— ¡Piquen anclas! ¡Derriben á popa!

«Así se ejecutó por los muchos brazos inteligentes que teníamos á bordo. La fragata empezó á navegar á toda vela; pero no habían pasado más de diez y ocho minutos, cuando ya á cierta distancia del buque incendiado, vimos sobre el navío como un relámpago inmenso, indescriptible, después una colosal masa negra y roja que se elevó como el cráter de un volcán á las nubes; luego un ruido espantoso, prolongado, inaudito. La mar tembló, las aguas se arremolinaron en forma de las olas concéntricas. Una especie de nube cual globo gigantesco que rasgó los aires, pareció amenazar al cielo y aplastar la tierra. Al rededor del punto en que había estado el navío no se veía agua, sino negro humo.

«— Señores, exclamó Arteaga, cuando hubo cesado el ruido terrible de la explosión, Dios ayude á los que han muerto: roguemos por sus almas y demos gracias á la Providencia, por nuestra salvación casi milagrosa. . . . Ahora pidamos á Dios que nos libre de la nube.

—«Qué es la nube? preguntó un capitán

—«La nube que se nos viene encima son cañones, fusiles, balas, palos, cadáveres y mil otros cuerpos pesados que nos aplastarán si caen sobre nosotros.

Y era así: según se iba abriendo la nube caían de ella cuerpos negros que se sumergían con grande estrépito en el agua: nuestra fragata tuvo la suerte de que ninguno de aquellos fragmentos cayese á su bordo, pero sí muy cerca.

«Del navío no se veía más que el bauprés fuera del agua.

«Pasamos la noche dando vueltas, sin poder fondear, por haber perdido las anclas y no tener más que una en el fondo de la bodega. Al amanecer se reunió con nosotros el convoy que había estado haciendo aguada. Una vez reunidos se hizo el trashedo de la gente que teníamos en la *Providencia*, distribuyéndola entre todos los demás buques. Como la mitad de los salvados estaban desnudos, les abrimos nuestros baúles para que se remediaron de lo indispensable. El buen Arteaga sacó dos enormes cofres llenos de ropa de paño de mucho costo: toda la repartió sin quedarse con una prenda.

«Al medio día supimos que habían perdido la vida en el navío dos oficiales y treinta y seis soldados y marineros, entre ellos el músico mayor de mi regimiento, un platillero

y un gastador, habiéndose encontrado á uno de los oficiales llamado Santa María hecho un carbón sobre el agua. Comparativamente mucho mayores fueren las pérdidas materiales que sufrimos con la quema del navío. Además del buque, que era excelente, fueron á parar al fondo del mar *seiscientos mil pesos* del Ejército y *quinientos mil* de la Marina en efectivo, un magnífico tren de artillería de campaña y de plaza, ocho mil fusiles, é igual número de monturas, espadas y pistolas; ocho mil vestuarios completos de paño, infinidad de útiles de ingenieros, cuatro mil quintales de pólvora, un sin número de bombas, granadas y balas, todos los equipajes de los jefes y oficiales y otros artículos de valor que sería cansado relacionar.»

La lectura de esta descripción por un testigo presencial nos aclara un punto que á bordo del *San Pedro*, había más de un millón de pesos; lo que aumenta en ochocientos mil los trescientos mil de que hablaban los mismos españoles, al llegar á las costas de Venezuela.

El mito del *San Pedro Alcántara*, es decir, la opinión de que á bordo de este navío se hallaban cuatro ó cinco millones de pesos, con las joyas valiosas de las iglesias y de muchas familias del Oriente de Venezuela, remonta á los años corridos desde 1840 á 1850. Como todo lo misterioso, embellecido con oro y piedras preciosas, que los ojos creen divisar á través de un velo de gasa, así el mito del ponderado tesoro ha ocupado durante muchos años la atención de la prensa norte--americana.

Los indios guaiqueríes fueron los primeros que en los días de Colombia, se aprovecharon del tesoro del *San Pedro*; pero los proyectos en mayor escala por medio de buzos y de máquinas remontan á los años de 1848 á 1850. En los diversos artículos publicados en los Estados Unidos de la América del Norte encontramos los siguientes datos: «Asegurábase entonces que á su salida de Cádiz el navío tenía á su bordo más de dos millones de pesos fuertes. Asegurábase igualmente que apenas llegó á las costas de Oriente cuando recibió, como depósito, las alhajas de algunos templos y las prendas de más de doscientas familias, tanto de españoles como de venezolanos adictos á la causa española. Esto quedaba comprobado por las declaraciones de multitud de personas que vivían entonces y ayudaron á la conducción á bordo de la riqueza particular.»

El Ministro de Venezuela en Washington, anunciaba por otra parte, á los empresarios americanos en la época de 1850 á 1854 que el montante del tesoro no podía bajar de menos de *cinco millones de pesos fuertes*. Hay pruebas agregaba el Ministro, de que se han sacado ya como doscientos mil fuertes, encontrados en derredor de la popa, por diferentes compañías en diversas épocas.

En 1850 el capitán Conway, de Bostón, enviado á Araya para estudiar los lugares, escribió el siguiente informe:

“No puede haber duda alguna razonable respecto á la existencia de estas propiedades. Se me permitió examinar los registros y documentos del gobierno, los cuales prueban, de una manera incontrovertible, que había en el navío cuando se fué á pique, no menos de *tres millones de pesos fuertes en efectivo*. Me cercioré de que *un millón quinientos mil pesos fuertes* del tesoro consistía en *onzas de oro españolas*; y también de que la cantidad de alhajas y vajillas de oro y plata, pertenecientes á los templos, era muy notable, pues se reputa haber sido la Iglesia de la Asunción en Margarita que fué saqueada y en parte destruida, una de las más ricas de la América del Sur. Hablé con personas que me dijeron habían visto á los soldados echar en una enorme caja las alhajas y numerosas vajillas de oro y plata, y romper éstas al empaquetarlas, con las culatas de los fusiles. Sábese que *una cruz orlada de lindísimas joyas y piedras preciosas* se halló cerca del lugar del naufragio en el año de 1847, la cual fué vendida en Nueva York *en trece mil pesos fuertes*. Queda también claramente probado que hasta junio (1850) se han extraído del navío *San Pedro*, no menos de *trescientos mil pesos fuertes*, los cuales se entresacaron del casco y de la arena, al derredor del bajel, mediante el empleo de los buzos comunes; *plata toda de cuño real* no hallándose con ella ni una *onza de oro*. Y como se ha cavado una extensa área al derredor del lugar del naufragio, se deduce que las monedas ya sacadas y esparcidas por la explosión, estaban probablemente en el cuarto del contador, ó en la cámara, ó en algún otro lugar cerca de la Santa Bárbara.”

El capitán Coutheny sacó, después de repetidos ensayos, como 70 mil pesos.

En 1855 se sacaron como 30 mil pesos más.

En 1857, la tripulación del bergantín *Monagas*, de Bostón, después de dos años de ensayos, sacó 40 mil pesos.

En 1871, el capitán Escandella exploró de nuevo los restos del navío y sólo se sacaron 1.286 pesos fuertes y unas

pocas libras de cobre, equivalentes á 1.681 pesos según los datos publicados. Esto nos revela que los restos de aquel *vellocino de oro* se han evaporado ó yacen á grandes distancias del naufragio. A pesar de esto, existe todavía algún dinero y prendas valiosas; pero como se ignora hasta donde pudo la explosión lanzar las cajas y efectos del navío, y como por otra parte, las arenas han cubierto ya los restos del naufragio con una espesa capa, sucede que será muy costoso y difícil á los futuros exploradores, hallar los restos del tesoro.

Esta es una tumba que desmoronan los hombres y las olas. La mitad del buque está todavía intacta, pues la explosión fué en la Santa Bárbara. Hay de fondo como 48 pies ingleses sin que los restos cambien de lugar ni se nota que hayan cambiado en los sesenta y cuatro años corridos desde 1815. Para 1833 el hauprés estaba casi todo fuera. En 1842 se sacó el timón, que tenía de largo 11 varas de Burgos. El último de los prácticos murió en 1854. Se ha sacado además del dinero, joyas, cañones, cajas de clavos, balas, cobre, plomo y maderas. Estas están intactas y consisten en cedro, roble, haya y una madera llamada mango, de gran solidez.

Grande ha sido el número de los exploradores, y aunque muchos han ocultado la verdad de los hechos, respecto al dinero extraído, puede asegurarse, por los datos ó declaraciones que conocemos, que hasta hoy se han sacado de los restos del *San Pedro* como 517.000 PESOS FUERTES Y UNA SOLA ONZA DE ORO.

¿Cómo explicarnos ahora, este resultado de los hechos con la aseveración del general Morillo, quien supone que sólo había á bordo del navío en el momento de la explosión, *cien mil pesos*, de los cuales se salvaron *diez y nueve mil* á duras penas? O el general Morillo no dijo la verdad, ó estaba ignorante de la cantidad que se hallaba á bordo. Nos inclinamos á esto último, pues si Morillo hubiera sido cómplice, habría fijado en mayor suma la cantidad sepultada. Por otra parte, Morillo era un hombre de honor, y su conducta en América, tan llena de absurdos, provenientes de la ausencia absoluta de educación y de inteligencia, no está manchada de peculado. Criminales y crueles fueron su segundo Enríe, Morales, Moxó y otros tantos aventureros y ladrones que no vinieron á América con el noble cargo de servir la causa de España, sino con la de satisfacer su codicia y malos instintos. ¡Qué contraste entre estos especuladores

políticos y Ceballos, Correa, Pereira, Cagigal, Pardo, Ureña, Rodríguez de Cosgaya y otros tipos caballerescos que, sin faltar á sus deberes para con España, dejaron, al retirarse de Venezuela, recuerdos de su buena conducta y de sus nobles sentimientos!

La confesión hecha, hace algunos años por el doctor Catañez, uno de los médicos del ejército expedicionario, va á darnos mucha luz acerca del robo verificado en la tesorería de la expedición, antes de su salida de Cádiz. Refería el doctor Catañez que, en el momento en que se recibía el dinero en Cadiz, el distinguido joven guardamarina, don Agustín Villavicencio, hijo de una familia notable y rica de aquella ciudad, llamó la atención del comandante Santibáñez, sobre un cajón marcado, 1.000 pesos, que se había roto casualmente, y contenía *pedras de chispa*. Al oír esto el comandante impuso silencio al pundonoroso joven, quien confió el hecho á su íntimo amigo Catañez, el cual, por su parte, confesó que había muchos cajones con la misma marca de 1.000 pesos que contenían piedras de chispa, y otros, clavos.

El comandante Santibáñez, cómplice en el robo verificado en Cádiz, no olvidó la indicación del guardamarina, y pudo vengarse, en el momento del incendio del navío, mandando á Villavicencio que bajase al depósito para que averiguara la causa del incendio. Villavicencio bajó, pero no pudo regresar, pues al acto quedó asfixiado por las llamas,

¿ Está conforme esta delaración del médico del *San Pedro* por algún hecho posterior ó por el examen de documentos oficiales? Por el estudio de los documentos tomados en los archivos de Cádiz por el capitán Escandella, resulta, que la expedición llevaba á bordo, en efectivo, *un millón de pesos fuertes en oro y millón y medio en plata* para raciones y gastos de aquella. En la época en que se estudiaron los documentos se sospechaba por muchos habitantes de Cádiz que *todo el oro se había quedado en este puerto*. Todo quedaría en la categoría de sospecha si sucesos posteriores no hubieran confirmado la declaración de Catañez y de los documentos oficiales. En las últimas exploraciones que se han ocupado en sacar los tesoros del *San Pedro*, se han encontrado multitud de cajas con la marca 1.000 pesos, las cuales, abiertas, contenían piedras de chispa ó clavos. Tan cansados estaban los exploradores de este chasco, que los buzos, al tropezar con cajas iguales, tuvieron á bien dejarlas en el fondo del mar, persuadidos de que contendrían los mismos efectos.

En prueba de estos hechos, y de no haberse hallado hasta hoy, después de tantas exploraciones, *sino una onza de oro*, queda confirmado el dicho de que la mitad del tesoro destinado para la expedición fué robado en Cádiz y que á las costas de Venezuela no llegó sino una parte, la cantidad en plata: es decir, *un millón, quinientos mil pesos*.

No habiéndose encontrado hasta hoy sino cerca de quinientos mil fuertes, es de presumirse que la diferencia de un millón de pesos yace en el fondo del mar, en lugares más ó menos distantes del de la catástrofe. Pero si atendemos á que los oficiales españoles á su arribo á Margarita, aseguraban que á bordo del *San Pedro* no había sino trescientos mil pesos, juzgamos que una gran parte del montante, en plata, fué también sustraído en Cádiz y que será muy difícil hallar más de lo que hasta hoy se ha sacado.

De lo expuesto se deduce: que la gran parte del tesoro del *San Pedro* fué robado en Cádiz; que el jefe de la expedición, Morillo, no conocía la cantidad que se encontraba á bordo, en el momento de la catástrofe: que los autores del robo fueron varios de los oficiales empleados del gobierno español: y que la mayoría de los expedicionarios no vinieron á Venezuela inspirados por un sentimiento patrio, sino devorados por la codicia y por ambiciones innobles.

¡Arcanos de la Providencia! ¡El navío *San Pedro* se sepulta con el resto del tesoro en la tarde del 24 de abril de 1815: fué el primer acto de un drama sangriento que debía durar once años. Para 1820, Morillo había perdido su conquista de Nueva Granada y deja á Venezuela, después del armisticio de Santa Ana, que fué un pretexto para salir airoso. Un año más tarde, ya casi todas las fuerzas expedicionarias habían sucumbido, y sólo un batallón, «Unión,» después «Valencey», puede salvarse en la batalla de Carabobo, defendiéndose en su famosa retirada desde el campo de batalla hasta el castillo de Puerto Cabello, de los lanceros de Páez, sin perder el honor de su bandera. Dos años más tarde, el resto de las tropas expedicionarias capitulaba en Puerto Cabello. Ya habían sido vencidas las fuerzas navales de España en el lago de Maracaibo. Todo estaba concluido en Venezuela, mientras que Bolívar remataba la revolución americana desde 1822 hasta 1826 en el Ecuador y Perú, con las victorias de Pichincha, Bomboná, Junín, Ayacucho y Callao. ~~SIC~~ OMNIA TRANSEUNT.

(De *El Tiempo*, números 136, 137 y 138 de Agosto de 1893..)
